

# JUAN Y EL FANTASMA DE ÁLVARO

En las afueras de La Corte había una torre abandonada donde se encontraba un reloj gigantesco. Un día Juan y su pandilla estaban contando historias de miedo. Dani, el mejor amigo de Juan les contó una historia sobre la torre del reloj en la que antiguamente vivía un hombre llamado Álvaro.

Dani les contó que a media noche el fantasma de Álvaro revivía y vigilaba la torre. Juan, que no se lo creía, dijo que era mentira y que para demostrarlo iría a la torre del reloj a media noche. Dicho esto Juan se fue a su casa y su pandilla se quedó hablando.

- Hay que estar loco para meterse en la torre a media noche - dijo Antonio.
- Hay que convencerlo para que no vaya - dijo Manuel.
- Sí, pero habrá que esperar a mañana porque ya debe estar en su casa - dijo Dani.

Dicho esto se fue cada uno a su casa preocupado por lo que le pasaría a Juan si no lo convencían.

Al día siguiente, Antonio, Dani y Manuel intentaron por todos los medios convencerlo pero no hubo manera. Juan seguía diciendo que todo era una sarta de mentiras y que lo comprobarían esa misma noche, justamente a media noche. Cuando salieron del colegio todos se marcharon a su casa menos Dani que se fue a casa de Juan para intentar convencerlo.

- Es una locura Juan - dijo Dani.
- ¿De verdad te has creído esa sarta de mentiras Dani?
- No, no son mentiras, además hay pruebas.
- ¿Sí?... ¿Cuáles?
- Hay mucha gente que dice haber visto al fantasma por la torre.
- Eso es otra sarta de mentiras.
- ¿A sí?, cuando estes allí dentro y te salga el fantasma también me dirás que es mentira.

Dicho esto Dani se marchó a su casa mosqueado por no poder convencer a Juan de que no fuera a la torre. Juan miró su reloj, las once y media. Los minutos pasaban como si fueran horas y aunque no tenía miedo estaba nervioso. Por fin llegaron las doce menos diez, llamó a Dani, Manuel y Antonio y salió a la calle donde se encontraban ya sus amigos y emprendieron el camino hasta la torre del reloj. La torre del reloj tenía, más que nunca, un aspecto tenebroso. Se acercaron a la puerta principal y se dispusieron a abrirla, se abrió con un fuerte y desagradable sonido, como si no se hubiera abierto por lo menos en cien años.

- Bueno pues aquí te esperamos - le dijo Dani a Juan.
- Miedicas - murmuró Juan.

La torre era enorme ( toda llena de telarañas ), la sala principal inmensa, había una gran mesa en el centro con ocho sillas alrededor y un frutero en el centro. Frente a la mesa había una gran escalera de madera que subía al piso de arriba. A Juan le picó la curiosidad y se propuso subir por ella para ver lo que había en el piso de arriba. Había un gran pasillo por el que se accedía a las habitaciones y al cuarto de baño. En la pared del pasillo había un reloj de cuco que marcaba las doce y media.

- Ja, fantasmas - dijo Juan burlándose de lo que le habían dicho sus amigos.
- Los fantasmas no existen - dijo Juan mientras seguía caminando pasillo adelante ...

Cuando llegó al final dio media vuelta y empezó a entrar en las habitaciones. Primero se metió en el cuarto de baño, era muy grande y ancho y al igual que toda la torre estaba lleno de telarañas. Después se metió en la habitación de Álvaro, había un escritorio a la izquierda, la cama enfrente y, a la derecha, una ventana que daba al patio. El patio era bonito y muy amplio con, por lo menos , catorce especies de plantas distintas.

- Que aburrimiento, me voy - exclamó Juan.

Bajó la escalera de madera y se dirigió a la puerta pero cuando la fue a abrir la cerradura se cerró sola.

- ¡ Y ahora qué pasa! - exclamó Juan.

Eran demasiadas coincidencias ¿sería verdad? ¿Existiría el fantasma de Álvaro?

- No, los fantasmas no existen - repitió Juan.

Entonces Juan subió al piso de arriba para ver si en la habitación de Álvaro encontraba la llave para abrir la cerradura y poder salir. Subió las escaleras y se metió en la habitación y de repente la puerta se cerró con un portazo. Entonces una voz extraña, grave y tenebrosa le dijo:

- No saldrás jamás de aquí joven intrépido - y a continuación soltó una gran carcajada.

Fue entonces cuando Juan comprendió que el fantasma existía y por lo tanto la leyenda era cierta. Desesperado buscó la forma de salir de allí, pero sólo le quedaba una opción, saltar por la ventana. Juan se dirigió hacia ella cuando, entre las telarañas, le pareció ver una cuerda ... y allí estaba enrollada, la cogió y se encaminó hacia la ventana, rompió los cristales y la amarró al poyete. Tras asegurarse de que estaba bien sujeta bajó por ella hasta el patio donde vio que a lo lejos había una puerta. Salió a correr hacia ella, pero igual que antes cuando la fue a abrir se cerró con llave.

- ¿ Por qué, por qué tengo tan mala suerte? - sollozó Juan - no debería haberme metido en esta torre, debería haberle hecho caso a mis amigos - se lamentó.

Pero entonces se le ocurrió una idea, una gran idea. Se encaminó hacia la cuerda por la que había bajado e intentó desengancharla y tras mucho esfuerzo la consiguió desprender. Se dirigió hacia uno de los muros laterales, lanzó la cuerda para sujetarla a un saliente en la parte superior y falló. Tras muchos intentos lo consiguió, agarró la cuerda, saltó y empezó a escalar. Cuando llegó arriba no sentía ni las piernas ni los brazos del gran esfuerzo que había hecho, una vez arriba recogió la cuerda, la volvió a enganchar y comenzó a bajar por el otro lado del muro, el que daba a la calle pero cuando iba por la mitad del muro alguien cortó la cuerda y Juan se imaginó quien había sido. Mientras caía gritó todo lo fuerte que pudo y sus amigos lo oyeron.

- Habéis oído eso chicos - preguntó Dani.
- Sí, ¿qué habrá sido? - dijo Manuel.
- Me ha parecido la voz de Juan - respondió Antonio.
- Bueno, vamos a ver que ha sido - dijo Dani.

Y se dirigieron hacia donde estaba Juan que permanecía inmóvil y asustado.

- ¿Qué ha pasado Juan? - preguntó Dani.
- Qué el fantasma me ha cortado la cuerda - respondió Juan.
- Te dijimos que existía el fantasma pero no nos hiciste caso - le recordó Antonio.
- Sí debería habérselo hecho -dijo Juan.
- Venga que te acompañamos a tu casa - le dijo Manuel.

Una vez que llegaron a casa de Juan se despidieron y cada uno se fue a la suya. Y nunca más se atrevió nadie a entrar en la torre del reloj.

Y Juan no quería ni escuchar hablar de fantasmas ...

JAVIER MARTÍN FERNÁNDEZ.  
11 AÑOS. HUELVA.